

Eterno, han logrado borrar distancias, anular pesadumbres, acercar los soles, abrazar los continentes, reunir las inteligencias, estrechar los afectos, averiguar la esencia de muchos males, penetrar en lo íntimo de la fábrica humana, estudiar sublimes decretos en las entrañas de los átomos vivos e inanimados para resolver todo en beneficio de la ciencia y comodidad de los pueblos!...

Pero más fecunda y dichosa será aquella edad venidera en que, disipadas las nieblas del presente, resueltos capitales y problemas y olvidados el egoísmo y la vanidad, brillen la ciencia y la virtud en todo su esplendor y halle el hombre medio fácil y digno de adquirir el pan cotidiano, la salud del cuerpo y la tranquilidad del espíritu. Entonces la gratitud, volviendo sus ojos al pasado, recordará con veneración la época de Salvá las borrascas y sinsabores arrostrados y vencidos por aquellos genios, con el fin de disponer el advenimiento de tanta bondad y tanta belleza como presagiamos ya para un día ¡ojalá! no remoto y dentro del siglo que mañana empieza.

El Dr. Salvá y la Real Academia de Medicina de Barcelona.

DISCURSO DEL DR. WIFREDO COROLEU

Es imposible formarse hoy una idea con la riqueza y esplendor de nuestra ciudad, del cuadro de miseria y abandono que respiraba en la primera mitad del siglo XVIII. La lenta decadencia que la consumiera en las anteriores épocas como a sus hermanas Génova y Venecia, desde el descubrimiento de América, había culminado en los horrores de la Guerra de Sucesión. Cuando Barcelona abandonada por las Potencias del Norte en su lucha contra las huestes del Duque de Berwick, sucumbió gloriosamente, ya no quedaba de ella más que la sombra de un gran nombre, según frase de Tácito. No se trataba solamente de un régimen de rigor extremado en el orden político y administrativo, sino de una pobreza e incuria, frutos del desaliente general. La paz aparente de que gozaba el Principado era, como se dijo en cierta ocasión y en otras tierras, la del sepulcro. El bandillaje en los campos y el atraso más vergonzoso en las ciudades resumían aquel estado de cosas. Para completar la catástrofe del pueblo que un día aspirara a la conquista de Bizancio; habíasele cerrado el comercio de las Indias. Por fin, la ignorancia se enseñoreaba del país con el traslado de la Universidad barcelonesa a Cervera, que en un siglo sólo ha dado dos nombres: Finestres y Mayans.

Justo es decir que el reinado de Fernando VI, reparó en gran parte los errores y faltas de su predecesor. Como dice el historiador aragonés don Vicente Lafuente, no tenía aquel Monarca la ojeriza contra los catalanes de Felipe V y de Patiño. Así se comprende que soplaran mejores vientos para el bienestar de la Ciudad Condal bajo la égida del Marqués de la Mina, el Capitán General de entonces. Tarea ímproba e ingrata a la par, era la que se proponía este ilustre patricio y las fuerzas vivas que le secundaban. Sin embargo, de esta época data la restauración de la grandeza y fuerza de Cataluña que debía coronar el gran Rey Carlos III.

Una de las fases de la ineducación pública, como se diría ahora, era la de las ciencias médicas. Nunca cesó de agitarse en Barcelona la idea de crear unos estudios que la supliesen ya que en Cervera no reinaba más que un verbalismo enfático y pedantesco. La creación del Colegio de Cirugía por la iniciativa de Pedro Virgili respondió a esta necesidad de una enseñanza práctica. No obstante, quedaban otras tan apremiantes como ella y entre las cuales debe contarse la fundación de un cuerpo académico consultivo. La existencia del mismo en la capital del Reino, desde 1732, en forma de una Academia de Medicina, demuestra ya que la cosa tenía precedentes. El régimen instaurado por Felipe V, debía seguir el modelo de su ilustre abuelo francés, creando Academias para la investigación, la erudición y hasta el buen gusto. El retraso de nuestra capital en esta parte sólo se explica por las azarosas circunstancias de la vida barcelonesa en todo este período histórico, quizá el más triste de su existencia.

Para comprender el pensamiento que guiara la fundación de nuestra Academia hay que inspirarse en el carácter del siglo XVIII. Cansada la sociedad europea de querellas filosóficas y políticas que ensangrentaron todos los campos de batalla del territorio, desde el Báltico a los Dardanelos, ansiaba una paz que creyó encontrar en lo que llamaríamos "quietismo positivista". Así, mientras en el Gobierno parece que el ideal sea el absolutismo ilustrado, de Choiseul y Federico de Prusia, en religión nace el febronianismo que la asimila, a un simple ministerio pastoral, en literatura reina sin disputa, la prosa de fondo y forma con los enciclopedistas, y en ciencia se impone de una manera irresistible, el simple método de observación. Los grandes sistemas y aventuradas teorías caen en descrédito y por doquiera se reconoce la necesidad de espiar de cerca la naturaleza. Entonces puede decirse que nacen, en el sentido moderno de la palabra, las ciencias físico-químicas y, sobre todo, las biológicas. Linneo, Buffón, Spallanzani, inauguran brillantemente el período que la generación siguiente debía ilustrar con los nombres de Cuvier, Geoffroy, Saint Hilaire y Flourens. Las Academias dejaban de ser elegantes conferencias en que el bien decir predominaba sobre el bien pensar, viniendo a convertirse en laboratorios en la más vasta y mejor aceptación del término.

La ciudad de Barcelona, por el genio industrioso y sentido positivo de sus habitantes, tenía que sustraerse menos que ninguna a tan poderosa corriente intelectual. De este modo, es curioso ver que desde su fundación, uno de los más ilustres socios, como el doctor Sanponts publica observaciones sobre la fuerza hidráulica, la tintura de las piezas de hilo y algodón, los molinos de viento, la fabricación del alcohol, etc. Es que en aquella ocasión, las dos Academias de Medicina y de Ciencias y Artes, estaban unidas por un vínculo verdaderamente fraternal. Y algunas de las observaciones publicadas en la primera, son obra también del doctor Salvá, al que debemos consagrarnos ahora.

Las revoluciones de nuestro país han sido casi, diríamos, geológicas, por la subversión que han producido. Ninguna catástrofe del Continente europeo puede compararse a la que sufriera España cuando la Guerra de la Independencia y los trastornos que la siguieron. En el orden científico, el caos fué de imposible descripción, y sólo dos nombres fulguran en aquellas tinieblas: Lagasca y Salvá. El primero eminente botánico, cuyo genio reconoce aún el moderno naturalista holandés Hugo de Vries, víctima de un sin fin de padecimientos y desventuras que le llevaron a la emigración, se asocia en la memoria de los contemporáneos a la de Francisco Salvá y Campillo, y ambos pudieron apropiarse la frase satírica de Gumersindo de Azcárate, de trabajar mucho para ganar poco. La posteridad ha de ser justiciera para con ellos y realzar dignamente sus glorias, ya que los tiempos en que vivieron no lo hicieron por falta de medios o por aquella curiosa afección que Brissaud llama "parálisis de la bueno voluntad".

El doctor Salvá y Campillo era oriundo del Ampurdán, por su padre don Jerónimo Salvá y Pontich. Sus primeros estudios los cursó en el Seminario de Barcelona, graduándose de bachiller en Medicina en Valencia y de doctor en Tolosa de Francia, revalidándose en la Universidad de Huesca. Esta diversidad de residencias, más común entonces que ahora, hubo de ensanchar el horizonte mental del laborioso estudiante, comunicándole una dirección enciclopédica que ya no había de perder. El caudal de sus lecturas era inmenso, y su instrucción ciertamente universal, siendo en esto, como en tantas otras cosas, un hombre de su siglo. El afán por el bien público que tanto distinguía a sus contemporáneos, no lejó momento de reposo en su dilatada vida. Sus campañas en pro de la inoculación, sus proyectos de reforma de la enseñanza médica, su interés por los adelantos agrícolas e industriales, lo prueban de un modo fehaciente. Así se comprende que una vez instaurada, aunque de un modo harto modesto, la Academia de medicina en nuestra ciudad, se apresurase a ingresar en ella. La memoria escrita en colaboración con el doctor Sanponts, Secretario de aquélla, acerca de una máquina para agramar cáñamos y linos, hace suponer que la protección del último le valiera para dichos fines. La actividad del nuevo académico no tardó en demostrarse en diferentes comunicaciones y particularmente en la circular o modelo de Topografías médicas, presentada en colaboración con el mismo Sanponts. Este opúsculo, alternando con diversos otros de observaciones clínicas, propalaba asaz el carácter positivo de cuanto hiciera el doctor Salvá. Sin embargo, su preocupación constante era la de restaurar los estudios médicos en esta Capital, cosa que logró en 1801, en que fué nombrado Catedrático de Clínica. No es nuestro propósito juzgarle en este concepto; pero sí hemos de recordar, como rasgo meritorio, que no abandonara la visita del Hospital de la Santa Cruz durante los años de la ocupación francesa. Y

es curioso que en tan revuelto período en que parece hundirse el orden social, se conserve aún modesto y enmohecido el memorial de historias de enfermos de aquella institución benéfica, del propio puño y letra de Salvá, que parece recordar la heroica y triste figura del centinela romano de Pompeya.

Un episodio tan desagradable como significativo de la carrera de Salvá, es el de su proceso, incoado en circunstancias no bien conocidas todavía, y que le costó hartos sinsabores y disgustos. Se ha dicho, basándose en la pura evidencia documentaria, que no se trataba sino de venganzas y rencores de orden profesional que hacen revivir siempre lo de la *envidia medicorum pessima*. Pero el encono con que se persiguiera a una figura de tanto prestigio y la tenacidad con que el Regente de la Audiencia se negare a absolverle libremente, diciendo un amigo del procesado que era más fácil arrancarle la clave a Hércules que el proceso al Regente, hace pensar que había otros motivos en la sombra. Aunque nunca expusiera Salvá sus ideas acerca de la cosa pública, ha de creerse que pertenecía al grupo avanzado de los intelectuales barceloneses. La experiencia currial enseña que no todo se dice en los papeles y que mucho queda para el curioso lector, habiendo en todas épocas, por desgracia, procesos de tendencia que terminan como terminan. El título de *Plan revolucionario de España*, que ostentaban los impresos anónimos que se le atribuyeron y la forma agria de reconvencción con que se le absolvió después del arresto y multa sufridos, inducen a suponer que en las altas regiones no estarían muy contentos del proceder de Salvá. No olvidemos, sin embargo, que el antiguo régimen era de sobras aficionado a correcciones y castigos, que era raro quien no los padeciera y que aun los Ministros, al caer, no se libraban del destierro.

El título más indiscutible que posee Salvá a la gratitud de la Academia, es el de haber iniciado, con la fundación del Premio de su nombre, la serie de monografías de epidemias por cláusula testamentaria. Su preocupación por esta rama de la higiene pública, se comprende por la perpetua inseguridad de la salud de las poblaciones por entonces. En 1803, habíase presentado en el puerto de Barcelona un foco de fiebre amarilla y el azote debía adquirir proporciones espantosas en 1821. La peste no se separaba jamás del litoral mediterráneo, y las fiebres tifoideas se convertían en verdaderas hecatombes. Si modernamente, con los progresos de la bacteriología y la parisitología estamos mejor armados para defendernos de tantos males, no ocurría así en aquellos tiempos, en que todo se concretaba en la meteorología, no faltando en nuestra Academia una torre-observatorio. La puntualidad con que se hacían las Tablas de observaciones, las frecuentes conferencias acerca de las enfermedades estacionales, la divulgación de todos los remedios para prevenirlas y combatirlas, enseñan claramente que no faltaba el celo ni el buen propósito en nuestros antecesores. Lo que no podían, en modo alguno, reformar ni mejorar, era el mal estado de cuanto a la sanidad particular y colectiva se refería. Ni las viviendas, ni las calles, ni el puerto, ni las cloacas, respondían a las necesidades de una ciudad saludable. Mucho tiempo debía pasar sin que, por desgracia, se adelantase en este concepto, y buena prueba de ello es el escrito, de puño y letra del doctor Mendoza, que al concluir la epidemia cólerica de 1854 y como le preguntase el Gobernador Civil, don Pascual Madoz, que recompensa oficial deseaba, contestóle que la mejor sería para todos, que se sanease el puerto de Barcelona y no se repitiesen otras epidemias como aquélla. Esta frase, que parece de un médico inglés por lo dura y justa, enseña cuán poco se había progresado a pesar de vivir en pleno bienio progresista.

Sin duda alguna que los inventos científicos de Salvá, fueron el resultado de maduras reflexiones y serios experimentos; pero, por desgracia, no nos ha legado más el tiempo que escuetas memorias dando cuenta de los resultados obtenidos. Hoy, parece extraño, con la división, subdivisión y casi diríamos atomización de las ciencias medicas, que le quadasen horas a un facultativo en ejercicio para consagrarse a tamañas empresas. Pero, por una parte, el caudal de conocimientos profesionales, era, por la misma razón, más exiguo y, por otra, y aquí no quisiéramos pecar de hipercríticos, quizás, se aprovechaba mejor el tiempo. No olvidemos que Renán nos ha dejado un curioso artículo titulado "¿Puede trabajarse en provincias?", y cuya conclusión irónica es que en París se pierde mucha parte del día, sin parecerlo. No hay nada tan perfecto que no tenga sus tachas y lunares, y la misma facilidad de comunicaciones, que es un bien indudable, lleva aparejada fatalmente mucha futilidad en la vida social y científica. Salvá, confinado a una ciudad de segundo orden, como era a la sazón nuestra urbe, inventó el telégrafo eléctrico, como tantos otros profesores de ciudades aún más modestas, nos han legado geniales descubrimientos.

Sabido es que el genio nace donde quiere y no le arredran dificultades ni le tuercen obstáculos. Salvá, es cierto que no podía prever toda la magnitud ni las consecuencias de su invento, aunque celosamente reclamara su prioridad en Madrid. No obstante, su mérito no ha de padecer por ello, ya que todo indica en su obra un talento de primer orden. Las elucubraciones acerca de un buque submarino en 1800, lo atestiguan suficientemente, y lo propio podemos decir de otros inventos, como la construcción de termómetros y barómetros y las observaciones acerca del galvanismo y la electricidad. El ilustre académico no desdeñaba ninguna de las cuestiones científicas de su época; ya sabemos que con el abate Nollet y Franklin, la electrología se había puesto de moda.

Los últimos días del doctor Salvá pasaron en la inconsciencia de un ataque apoplético, y la colección del *Diario de Barcelona* que nos ha legado, concluye dos años antes de su muerte. Esta no produjo la emoción que hoy consideraríamos inevitable, porque la época no lo consentía. Ma los vientos soplaban en Europa, y más aún en nuestra patria, en el duelo a muerte entre la Santa Alianza y la Revolución. Nadie hablaba ni pensaba más que en política y las grandes cuestiones científicas, como los grandes investigadores, eran relegados a segundo término.

A pesar de las amarguras de Salvá, hombre maduro, bajo el gobierno del Príncipe de la Paz, eran mayores las que le atormentaban, ya anciano, con el de Fernando VII. Las persecuciones habían cesado para él, porque ya no era más que una figura histórica; pero todo cuanto le rodeaba, debía darle pena y vergüenza. Los títulos de honor no le faltaban; pero el ambiente cultural, sí. La vida de relación entre sabios, se había hecho poco menos que imposible. En 1824, el conde de Villemur, Gobernador militar, prohibió la sesión inaugural de esta Academia, obligando a sus socios a *purificarse*. Poco después, se perdía la propiedad de su edificio, que era reocupado por los monjes de Scala Dei. La actividad académica, cada vez más mezquina y menguada, se reducía a insulsas memorias de carácter oficinesco. El doctor Salvá no pensaba más que en su próximo fin y, dominado aún por las ideas que en vida más quisiera, dispuso en su testamento la disección de su cadáver. "Mi deseo, decía, es que se obtenga permiso de la Administración del Hospital para dejarme conducir al cementerio en el mismo carro y entre los difuntos de aquella santa casa, y de mis bienes se gratificará con una onza de oro, si se concede dicho permiso"; y añadía aún: "como he hecho mis delicias de estar en vida entre los enfermos y muertos de aquel Asilo de infelices, no me disgustará su compañía después de muerto y ser tratado como uno de ellos".

No quiero terminar este trabajo sin recordar que en la "Galería de Catalanes Ilustres", cuyas biografías publicara mi difunto padre, incluye en la de Salvá la idea de erigirle una estatua, "para que los extranjeros, dice, aprendiesen a hacer justicia a nuestros mayores". Más de un cuarto de siglo ha transcurrido desde entonces, sin que tan hermoso pensamiento se llevara a cabo, y hoy que Barcelona se engrandece y embellece cada día, no reparando en sacrificios para ello, me atrevo a creer que no olvidará para con uno de sus hijos más ilustres, esta deuda de gratitud. Y todavía, para concretar más, este proyecto, que tanto ha de enaltecer a la clase médica, cabe señalar el grandioso espacio que rodea la actual Facultad de Medicina, para levantar en piedra el homenaje que tanto tiempo hace está aguardando nuestro preclaro antecesor académico y que la justicia y la cultura patria reclaman.
